

✓

416

Discurso del

Ing. MIGUEL GISBERT NOGUE

VICE PRESIDENTE EJECUTIVO DE LA
COMISION NACIONAL DE COORDINA-
CION Y PLANEAMIENTO Y DELEGADO
DE BOLIVIA AL VII PERIODO DE REUNIO-
NES DE LA C.E.P.A.L.

FB
350.0035
G531d

3era. REUNION PLENARIA

LA PAZ MAYO 1957

101247

FB
350.0035
G 531d

UNIVERSIDAD BOLIVIANA
UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN ANDRÉS
BIBLIOTECA CENTRAL
La Paz — Bolivia

Discurso pronunciado por el Inge-
niero Miguel Gisbert Nogué, Vice-
presidente Ejecutivo de la Comisión
Nacional de Coordinación y Planea-
miento y delegado de Bolivia al VII
Período de reuniones de la Comisión
Económica para América Latina
(C. E. P. A. L.) en la 3a. Reunión
Plenaria.



Señor Presidente; Señores Delegados:

Bolivia celebra, con lo mejor de su júbilo, las deliberaciones de esta Asamblea. Hablamos ese lenguaje diáfano que sabe conservar las amistades. Tenemos la tarea de analizar los problemas de la América Latina y a ella nos consagramos con desprendimiento y devoción. Es una batalla más que gana la solidaridad continental. Porque no concebimos la aproximación de los pueblos como una mística sin vida. Creemos, al contrario, que América tejerá su destino cuando exponga sus aspiraciones, empujándose sobre la sinceridad para extraerle todas sus posibilidades. Decir verdades es quedar en paz con la conciencia. Y ello siempre ha sido el requisito fundamental del progreso. Bolivia ve realizada en esta Asamblea, una de las normas invariables de su conducta. Una América de amigos que se vinculen por la honestidad del propósito y por la nobleza del ideal, fué nuestra más legítima ambición desde que entramos a formar parte de la vasta familia de los pueblos independientes.

Bolivia reproduce los problemas de los pueblos atraídos, agregándoles ciertas características que son muy propias de su drama nacional. Habitamos sobre un territorio hecho de contrastes geográficos donde las cumbres

más elevadas se asoman a los hondos barrancos. Una gigantesca cadena de montañas nos cruza, como espina dorsal, de Norte a Sur y en ella el hielo y el viento son perpetuos desafíos a la audacia del hombre. Los valles que se encierran entre las altas cordilleras son estrechas franjas de verdor que aparecen en nuestro medio como un oasis aislado en medio de una naturaleza hostil. Altiplano y valle apenas representan la tercera parte del territorio boliviano. Más allá del horizonte, la llanura y la selva, inabarcables para la vista y también para la ambición, constituyen otro desafío para el ingenio y la tenacidad humana. No ha tenido Bolivia, en su gesta de siglos, ese auxilio del clima blando y del territorio suave, que explican el crecimiento de la civilización en otras latitudes. Quizá porque la historia refleja un poco la geografía, en el sentido de que un suelo duro temple y a ratos amarga el carácter del hombre, nuestra evolución nacional se ha visto jalónada por la tragedia. El poblador de Bolivia ha tenido que vencer obstáculos tremendos en todas las etapas de su vida. Hemos sido un pueblo de pioneros desde la mañana ya remota, en que las primeras tribus indígenas se asomaron al inmenso panorama del altiplano. Mientras otros países vencieron la naturaleza y después se entregaron a construir un hogar permanente para sus aspiraciones, nosotros seguimos batallando contra el medio. Cada generación de bolivianos es una empresa de conquista contra una geografía que redobla su resistencia frente al afán civilizador.

El contraste geográfico se ha visto agravado, en su influencia perjudicial sobre el desarrollo económico, por la condición mediterránea del país. Bolivia se halla alejada de las grandes rutas marítimas, vínculos del progreso. Lejos del mar, encastillada en sus cordilleras, nuestra nación no puede recibir en el siglo XX esa corriente de hombres y capitales que fué extendiendo por todo el planeta las conquistas de la técnica. Desde Europa se desplazaron hacia los continentes atrasados, en caravana interminable,

las máquinas y los inmigrantes. En nuestra América apareció también el modo de producción capitalista y la vieja herencia colonial, engarzada en la rutina, fué disolviéndose al conjuro de esas multitudes que vinieron a colonizar tierras vírgenes. Todos los países latinoamericanos han vencido, en alguna medida, sus formas feudales de existencia. Incorporados al comercio mundial por la penetración de las inversiones extranjeras en su suelo, ya no podían ser totalmente, rezagados de la tradición. En cambio Bolivia se vió apartada de ese fenómeno porque hasta su territorio no llegó el mar, gran camino de los hombres. Hay un rasgo en nuestra evolución nacional que refleja cabalmente las consecuencias de nuestra posición mediterránea. En otros países de la América Latina, la técnica se importó cuando intereses foráneos, urgidos por las exigencias del comercio mundial, se lanzaron a explotar sus materias primas o sus recursos naturales. Empresas del exterior, robustecidas en Europa o en los Estados Unidos, fueron las grandes palancas de su desarrollo. Bolivia, en cambio, tuvo que crear un capitalismo autóctono que debía llevar, fatalmente, la marca de nuestro atraso feudal. Con métodos primitivos y con ideas que ya habían envejecido siglos atrás en Europa, aparecieron los grandes capitales bolivianos que se entregaron a la explotación del subsuelo nacional. El capitalismo de Bolivia no es penetración extranjera, ni tampoco superación de etapas ya canceladas, sino brote tardío de un país donde estaban intactas las condiciones de producción del coloniaje.

Desde los tiempos más antiguos, la población boliviana reproduce, como una mascarilla que copia los rasgos de un semblante humano, las características de su geografía. Las tribus del incario se acomodan en el Altiplano y descienden a los valles. Allí practican una agricultura de autoconsumo que no conoció el intercambio y apenas consentía las contribuciones impuestas por los graneros del Inca. Más allá de las montañas, quedaba la tierra virgen hasta donde no se atrevía a penetrar una sociedad priva-

da de instrumentos técnicos para hacerle frente al río anchuroso, al calor y a la acción devastadora de las selvas. La colonia repite esa concentración del hombre en el Altiplano. Celosos de engrandecer su mercantilismo que buscaba atesorar los metales preciosos, los españoles se dedican a la explotación de Potosí, y hacia los socavones encaminan a legiones de indígenas que durante siglos habían comulgado con la tierra. La agricultura siguió trabajando con los mismos métodos ya conocidos por los incas y que poco distan de los que emplearon en Babilonia o en Egipto, aquellos primeros clanes en los cuales amaneció la historia. Poco importaba, que el suelo rindiera magras cantidades si las minas arrojaban el río de plata que fué a nutrir las casas de banqueros y empresarios en la Europa del Siglo XVII, madrugada mundial del capitalismo, nuestra primera gran tragedia nacional. Esa visión de la Bolivia Colonial, apañada a unas cuantas minas que se elevan por encima de los 3.500 metros sigue siendo el rasgo fundamental de nuestra economía. Mientras en el Altiplano y en los Valles se agrupan actualmente los dos tercios de la población boliviana, en los llanos del oriente el hombre es la más rara de las criaturas. El contraste entre recursos y la población no deja de ser menos agudo. En la parte montañosa dos y medio millones de personas fatigan un suelo, por el que han transcurrido distintas civilizaciones, en el oriente una tierra rica y legendaria aguar da la mano que la rotura.

El proceso histórico de Bolivia llevó en su seno los gérmenes que habrían de desvirtuar el desarrollo económico. El conquistador español no encontró aquí a tribus errantes belicosas que murieran ofreciendo resistencia tras la inútil rebeldía de la flecha. En Bolivia existía una densa población, que ya había organizado su vida social, pero que yacía bajo el despotismo más absoluto. Una centralización excesiva de la sociedad, hacía que la capital del incario fuera el principio y el fin de todas las cosas. Conquistados los Incas por los Españoles, la sorpre-

sa de haber visto caer a aquella pirámide secular, paralizó a las aldeas en que se repartía el incario. Y los conquistadores entraron a poseer el más codiciable botín humano. Su afán por la explotación de los metales preciosos creó la esclavitud entre los millones de indígenas. Y el Alto Perú pareció, en su organización social, a esas capas de la corteza terrestre que se diferencian por la neta separación de las edades geológicas. Una pequeña minoría de blancos, dueños de toda la riqueza. Una capa de mestizos, clientela que recogía las migajas del festín minero. Y una vasta nación de indios arrojados al sufrimiento o ajenos a la vida nacional. No hubo en Bolivia esa mezcla íntima de pueblos que en otros países latinoamericanos, ha dado al mestizaje las condiciones de posibilidad política. Tres grupos hostiles, acechándose mutuamente, o pugnando por entrar en posesión del botín, constituyen el viacrucis de Bolivia durante los siglos de la colonia. La infinita ambición de los unos apenas se comparaba a los afanes de desquite de los otros.

De ese fondo histórico, de esa matriz sociológica emergen las características salientes de la economía boliviana, todavía visibles en la realidad de nuestros días. Tenemos uno de los ingresos por habitante más bajos de la América Latina. Entretanto algunas naciones del Continente ya salen de su condición de atraso y exhiben ingresos que las acercan a los que rigen en latitudes más felices. Los últimos 25 años han contemplado un pujante desarrollo en todo el hemisferio. La América Latina, legado del pretérito, empieza a desaparecer y sus ingresos se robustecen. Nuestro ingreso anual es inferior, incluso, a los que tienen los pobladores de algunas colonias del África. Es que el feudalismo en los métodos de producción, que aún no hemos erradicado, resulta ineficiente cuando lo comparamos con las formas del capitalismo llevado por los europeos al África. Vivimos pues, en algunos sectores, en los primeros escalones del progreso humano.

UNIVERSIDAD BOLIVIANA
UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN ANDRÉS
BIBLIOTECA CENTRAL
La Paz — Bolivia

Una gran parte de nuestra población vive dedicada a actividades primarias. Se diría que este es un rasgo común a casi todos los países subdesarrollados. Pero esa afirmación tiene todo el sabor de una evasiva o de una frase trillada. Porque las otras naciones de la América Latina —o muchas de ellas— van saliendo rápidamente de esa condición. Ya en el ingreso nacional de algunos países del Continente, la industria y los servicios representa cerca de veinte por ciento, lo que constituye índice inequívoco de progreso. En Bolivia esas actividades no componen el 12% del producto bruto. Predominan en nuestra escena una minería descapitalizada y una agricultura que no ha logrado desbordar los límites de la mera subsistencia. En esos sectores se agolpan las tres cuartas partes de los brazos dedicados a la producción. Para trazar un cuadro completo sobre las consecuencias económicas de estos hechos, bastaría establecer un cotejo con la agricultura y la minería en otros países también sub-desarrollados. Existen regiones de la América Latina cuya agricultura está brindando a sus empresarios y jornaleros un ingreso que excede de los **doscientos dólares por año**? Y en las labores mineras pueden señalarse zonas de nuestra geografía latinoamericana, donde la productividad alcanza niveles elevadísimos. Bolivia ostenta en agricultura un ingreso emparentado con el de los países superpoblados del Asia, y en la minería rendimientos por hombre que distan bastante de los que prevalecen, en centros que no han desarrollado toda la curva de sus posibilidades.

La debilidad económica derivada de esa baja productividad que somete y frustra las posibilidades del desarrollo económico y consecuentemente de la elevación del nivel de vida, resaltan cuando recordamos que Bolivia debe importar elementales, artículos de consumo. En la América Latina somos, junto con Venezuela, el país que exhibe el más alto índice de importación. Y no es que tengamos un ingreso elevado que exija refinados artículos para complacerse. Es que nuestras actividades primarias

son tan ineficientes, que ni siquiera alcanzan a alimentar a la población nacional. Para sustentar nuestra población es indispensable que nuestro país apele a la producción extranjera. En términos sociológicos diríamos que en Bolivia el desequilibrio entre la vida urbana, caracterizada por el consumo y el campo o las minas donde se apoya toda la estructura colectiva, es mucho más hondo que en cualquiera de los países poco desarrollados de América. Mientras prevalezcan esas condiciones de penuria productiva, el desarrollo económico del país estará permanentemente afectado.

La vinculación de Bolivia con los mercados internacionales se realiza a través de uno o varios minerales cuya oscilación en la balanza de las cotizaciones es bastante marcada. No se ha operado en nuestro país ese proceso de emancipación que lleva a los países sub-desarrollados a diversificar sus exportaciones para establecer medios de contacto con el mercado mundial menos sujetos a la sorpresa. Nuestro comercio exterior se ha visto estancado, precisamente porque no se agregaron a los clásicos artículos que ya producíamos a principios del siglo, otros, que tuviesen la virtud de amortiguar los golpes de la caída de los precios, o de la contracción de la demanda en las grandes plazas compradoras. La apertura de renglones exportables que contribuyan a superar nuestra extrema dependencia, es un problema de cruzada contra la geografía. Persistiendo solamente en horadar las rocas del Altiplano o arañar el surco cansado en las viejas tierras, nuestro comercio exterior no florecerá en realidades distintas. Necesitamos desplegarlos hacia las zonas lejanas de las vertientes y las llanuras, para escapar a ese círculo de hierro que nos condena a vivir las vicisitudes del estaño, del wolfram o del plomo. La gran proeza nacional del futuro, está en manos de quienes sepan romper las dificultades del territorio, para implantar, en medio de los confines, el ensayo productivo que descubra recursos y los aproveche en beneficio del país.

Sobre ese espectáculo de frustraciones y deficiencias se montó la historia nacional a partir de 1900. A los aspectos básicos ya mencionados que nos acompañan desde la cuna de la nacionalidad, se sumaron otros de carácter menos acusado, pero nó por ello vacíos de significación catastrófica. El Estado boliviano confrontando un déficit presupuestario por insuficiente contribución de la minería al Erario Nacional, se lanzó a una política de empréstitos que, succionando las energías del país dejaron como saldo una pesada carga, que doblegaba aún más la vacilante economía doméstica. Lejos de aumentar la tributación como lo pedía la Comisión Fiscal Permanente, el Estado prefirió adentrarse en el endeudamiento, hasta que los sucesos de la cambiante vida internacional, anunciaron la llegada de la gran depresión del 29. Durante un largo período, cuando la prosperidad en los mercados mundiales inflaba las utilidades de la minería, Bolivia tuvo el raro privilegio de mantener los impuestos más bajos del mundo. Después, al retirarse el crédito exterior barrido por la crisis económica de 1929, dada la incapacidad del Estado para obtener por los medios de la tributación sobre las materias extractivas los recursos que necesita, se inicia el proceso inflacionario en 1932. Poniendo a funcionar las prensas del Banco Central, en préstamos que no se devolvían, el déficit se hizo enfermedad crónica en la vida fiscal boliviana. La banca central, nacida en otros países para regular la economía a través de distintos instrumentos, fué en Bolivia una alcancía pródiga cuya misión principal, consistió en financiar el desequilibrio del presupuesto. Esa falta de concordancia entre los gastos y los ingresos de la tesorería, dura en Bolivia tanto tiempo, que se convierte en rasgo secular de nuestro proceso en los años más recientes.

Pero se advierte en la evolución boliviana otras fuerzas de no menor trascendencia negativa. Bolivia siempre vivió bajo los auspicios del más absoluto auserentismo de capitales. Las minas de plata que forjaron fortuna, yá ha-

bían significado un inmenso boquete por cuyo conducto se fugaron al exterior muchas utilidades. En la era del estañ se repite la historia. En los primeros años del siglo, se realizan por el descubrimiento de ricos yacimientos, fortunas autóctonas que se invierten en el exterior. La guerra mundial de 1914, entraña una marejada de renovaciones técnicas, y parte de las ganancias vuelven al suelo boliviano. Pero el advenimiento de la prosperidad que siguió a ese conflicto, no modificó el fenómeno del ausentismo. Las inversiones en equipos, en prospección y en diversificación de labores languidecen rápidamente, y todo el beneficio que rinde el esfuerzo boliviano sobre el socavón, se transfiere a los centros de la finanza internacional en donde han recibido ya, como socios, a nuestros nacientes barones. Transcurren 30 años entre 1920 y 1950, y la economía boliviana no contempla una sola inversión reproductiva, que tenga magnitud suficiente para fortalecer la economía nacional. Entretanto, la piqueta de los mineros va engendrando riquezas que no vuelven. En la industria se instauran algunas fábricas luchando contra el concepto equivocado, de una política económica basada en la exportación exclusiva de minerales, para adquirir en el exterior artículos manufacturados. Y el Estado se embarca, por espacio de décadas en una política de mejoramiento urbano, mientras en los campos y en las minas, la ausencia de posibilidades encarcelaba a la población en los moldes tradicionales.

La crisis económica de 1929 tiene unas repercusiones peculiares en Bolivia. La producción del país, en los años posteriores, nunca llega a alcanzar los niveles de aquellos años de prosperidad que van de la primera guerra mundial a la caída de los valores en la bolsa de Nueva York. La crisis significa en los países sub-desarrollados, un intenso esfuerzo por sustituir importaciones y por aumentar y diversificar sus exportaciones. Ya para 1939, algunas naciones Latinoamericanas duramente castigadas por ese acontecimiento, tienen saldos exportables superio-

res a los de 1929, y su industria, animada por inversiones excepcionales, suministraba productos que tradicionalmente se habían recibido del exterior. Bolivia, al contrario, envía menos estaño a los mercados mundiales, y su industria apenas inicia una tímida sustitución de importaciones elementales. Se produce el estancamiento que no tiende a incrementar el ingreso bruto. La segunda guerra mundial causó relativo incremento por el alza de los precios y por un leve aumento de las cantidades exportadas. Pero la escasa tributación de la minería y las cuotas muy modestas de entregas de divisas al Estado, malograron los resultados positivos que esa coyuntura hubiera engendrado, si prevalecían en el país condiciones más satisfactorias.

La guerra del Chaco fué un episodio funesto. Malgastamos una generación en las trincheras, derrochamos nuestros recursos en la lid de los encuentros armados, agotamos nuestras reservas y nos gastamos en el heroísmo sin recompensas. Esa guerra demostró que un Estado, sin medios modernos, poco apto para movilizar la economía, y un país minado por hondas diferencias sociológicas que sobrellevaba la carga de una población proscrita en su propio territorio, no podía afrontar la prueba que envuelve todo choque bélico. Y sobre las esperanzas fallidas, se alzó el himno del descontento de una generación, que vió en las hostilidades, al reflejo de los encuentros, todo el drama nacional. El primer rompimiento que se produce en la historia de Bolivia con la estructura del país surge precisamente del Chaco. Los combatientes regresan a las ciudades, animados de un ideal de redención nacional y el país entra en la etapa de insurgencia social, que trata de superar los obstáculos prevalecientes. Sin embargo, no hubo entre nosotros ese amortiguador de la lucha social, que significa el crecimiento económico. Más empobrecida cada día, sin horizontes para sus mayorías y caldeada en la estufa de las profundas diferencias de clase, Bolivia tenía que explotar violentamente. En el conflicto histórico no existía posibilidades de transacción. Y si alguna culpa

debemos echar los bolivianos cuando analizamos nuestras vicisitudes, hay que apuntar la mirada hacia quienes no supieron comprender que el mantenimiento de una estructura económica de privilegio absorbente, era una invitación inexorable a la insurgencia.

Es frente a esas condiciones resumidas, citando sus facetas más sobresalientes, que aparece la Revolución de Abril de 1952. Esencialmente, tal como lo han explicado sus conductores, es un intento de adaptar a Bolivia las condiciones del mundo moderno. Y de abrir las vías para el desarrollo económico que no había despuntado en el país, pese a que todas las áreas semidesarrolladas, por métodos pacíficos o violentos han visto ese fenómeno desde los años iniciales de este siglo. Tres instrumentos se ponen en práctica para conseguir, en el terreno del desarrollo, los objetivos propuestos. La Nacionalización de las Minas, la Reforma Agraria y la Diversificación Económica, son los pilares en que se asienta la nueva experiencia. Analicemos, en el ángulo estrictamente técnico ese ciclo de reformas.

Cuando se aplica la nacionalización, la minería está atravesando por una peculiar situación. Desde hace muchos años no se practican las reinversiones que exigía el mantenimiento de las labores en su óptimo nivel técnico. Viene descendiendo la ley de los minerales, en el espacio de las últimas décadas no se han abierto nuevos frentes de trabajo que compensen, con nuevos yacimientos, el empobrecimiento de las que ya han soportado una larga explotación. La minería boliviana está operando frente a sus competidoras de ultramar en condiciones de inferioridad. Además, cerca de los centros mineros, cuando se decide la nacionalización, hay millares de trabajadores despedidos, en uno de los episodios más duros de nuestra historia social. Ese es el panorama que prima en la gran minería boliviana, cuando las autoridades buscando el desarrollo del país dictan las medidas de nacionalización.

Frente a las condiciones existentes, la nacionalización imponía la necesidad de un plan que previese las prospecciones indispensables, a fin de contrarrestar, con campos de trabajo más prometedores, el descenso paulatino de los filones ya desgastados, renovase progresivamente las maquinarias y facilidades antiguadas en un proceso de deterioro y diese a la administración de la nueva empresa creada, la Corporación Minera de Bolivia, una estructura armónica y eficiente. Pocos meses después de la nacionalización aparecen circunstancias que dificultan esa labor y colocan a la minería boliviana en situación conflictiva. La primera de ellas es la baja de precios que produce el cese de la guerra en Corea. Aunque el país sigue percibiendo casi el mismo ingreso internacional, el deterioro de los precios en el exterior nos arrebató las posibilidades de incrementar la capitalización de la minería que era, digámoslo con claridad, la piedra angular de cualquier plan ambicioso. El alza de los costos internos se hace ineludible cuando el Gobierno admite, por razones sociales que no escapan a la sensibilidad de ningún observador, la reincorporación de trabajadores arrojados a la cesantía. Un sistema financiero que buscaba acelerar la diversificación mediante un tipo de cambio sobrevaluado y una inquietud social natural que toma responsabilidades de administración, completan el cuadro de dificultades de la minería, Industria que aporta recursos a la financiación del desarrollo económico, pero a costa de ver agotada su prosperidad.

La enorme discrepancia entre el nivel de los costos internos —que sube con los avances de la inflación— y el ingreso que permite los precios internacionales da lugar a que las empresas mineras de Bolivia sirvan en gran parte los programas de desarrollo a expensas de su propia salud económica. Agudizada la inflación, cuyo ritmo no cesa de crecer, resulta imposible planificar la marcha de la minería y mejorar sus condiciones económicas sin plantearse previamente un reajuste de toda la es-

estructura nacional. Un plan de incremento a la minería resultaba inoperante, mientras subsistiese el sistema de cambios que transfería ingresos a otros sectores y obrasen en el país las consecuencias de una inflación irrestricta. Quizás en todo este proceso, bien examinado a la luz de las técnicas modernas de interpretación de los fenómenos colectivos, haya experiencias que desbordan el marco boliviano, para proyectarse en la esfera de la América Latina.

La Reforma Agraria era un imperativo ineludible. Existía un conflicto evidente entre el crecimiento de las ciudades y las minas, donde un población pugnaba por mejorar sus niveles de vida; y un campo retrasado que era una especie de museo social, en cuyo seno convivían todas las formas de producción, los restos melancólicos de la comunidad indígena, herencia del incario conservada por los siglos, la gran propiedad feudal administrada por métodos, que la Europa del Siglo XVIII pulverizó con el martillo de las reformas sangrientas y algunas empresas que eran como oasis de futuro en medio del estancamiento. El conflicto entre la Bolivia moderna o con pretensiones de modernidad, que se agolpaba en las urbes y la otra Bolivia, aquella que representaba el pasado, tuvo que resolverse intempestivamente. La Reforma Agraria fué como una intervención quirúrgica que en las sociedades resultan también inevitables, cuando se dejan avanzar las enfermedades sin ponerles el remedio pacífico de las soluciones oportunas. Tal vez, pensando en esta dinámica de los procesos sociológicos, las Naciones Unidas y sus organismos especializados han instado a los Gobiernos del mundo a introducir Reformas Agrarias que posibiliten el crecimiento de las fuerzas productivas. Una de las condiciones esenciales de todo sistema consiste, en armonizar las relaciones de la producción y el consumo. Ese es el origen y la base histórica de la Reforma Agraria Boliviana, que no es fenómeno específico de nuestro país. Porque en todas las latitudes, la Reforma Agraria es una de las

palabras clave de nuestros tiempos. Tan entrañable es la marcha de los programas agrarios, que la Iglesia Católica, en un Congreso de Obispos reunido hace cinco años en Colombia, ha propugnado que la tierra sea propiedad de las manos laboriosas que la fecundan.

Nuestra Reforma Agraria ha abierto la posibilidad de incorporar a la economía nacional a dos millones de personas que vivieron al margen del intercambio y del consumo. Pero ese objetivo exige ciertos requisitos que están más allá del reparto de tierras. El campesino boliviano se mantuvo en niveles colindantes con el autoconsumo durante una larga jornada de siglos. Sus necesidades eran casi las mismas que nos relatan los profetas de la Biblia. Un traje pobrísimo, una casa elemental y los alimentos que la generosidad de la tierra depara a las mesas frugales, constituían todo el acervo de su existencia. Para aumentar su demanda era, y sigue siendo necesario ahora que es dueño de la parcela, que eleve su producción. Inmensas dificultades se interponen en este propósito. Faltan las herramientas de trabajo susceptibles de ensanchar la productividad. En el agro boliviano predominan todavía los métodos primitivos sujetos a las contingencias naturales. Nuestros campesinos se quedaron utilizando viejísimas nociones sobre el cultivo de la tierra que se emparentan con el manejo empírico de ella. La magia forma también parte de nuestra cultura rural y por encima de todo, como obstáculo para el alza de la producción, se advierte una falta de capitales públicos y privados que superen, bien empleados en la faena productiva, las pobres condiciones de nuestro instrumental. La Reforma Agraria ha destruido un orden jurídico, pero aún no ha hecho plenamente efectivo el nuevo orden emergente de la Ley de 2 de Agosto de 1953. La CEPAL en su informe sobre Bolivia subraya la trascendencia de este hecho. Las fuerzas productivas, en efecto, no podrían alcanzar ningún grado de utilidad si no se subordinan a un

orden, cualquiera que él sea. Liquidada la estructura feudal de nuestro campo, era premioso erigir un sistema que fijara los derechos de cada campesino, y los que corresponden a los agricultores cuyas fincas quedaron reducidas, determinara los lindes de las propiedades y esclareciera las relaciones sociales entre las gentes que laboran en el agro. Ya han transcurrido cuatro años desde que operó la Reforma Agraria y el anhelado nuevo orden evoluciona con manifiesta lentitud. Las inversiones, la organización y la tenacidad necesaria para elevar el rendimiento de la agricultura, serán imposibles mientras no se elimine la indefinición y la acechanza. No es que se defienda un determinado sistema. Puede escogerse entre la parcela individual o la cooperativa para las tierras poseídas por los campesinos que emancipó la reforma. Puede adoptarse la fórmula de trabajo asalariado o del trabajo en compañía en las medianas propiedades que necesitan mano de obra para producir. Son alternativas cuyas virtudes y conveniencia esclarecerá el estudio, ya adelantado, de la realidad agrícola del país. Pero lo esencial, lo que no ha de aplazarse, es la instauración de ese orden claro que invite a las fuerzas del progreso a hospedarse en el campo.

Ha surgido una nueva contradicción entre el campo y la ciudad, entre la agricultura y las actividades que se despliegan en los centros urbanos. Estamos emplazados a promover el desarrollo económico, o de lo contrario las conquistas sociales y el avance político logrados por las grandes mayorías del país resultarían baldíos. Pero ningún país puede crecer, económicamente hablando, sin la base de una agricultura sólida y pujante. En Bolivia, el aumento de la producción minera o industrial, sin un campo que sea capaz de alimentar esas actividades resulta estéril. Si nuestra agricultura resulta inapta para producir los víveres que demanda la población minera, el ingreso internacional que obtengamos enviando minerales al exterior, se gastaría en la adquisición de estos artículos. Precisamente porque nuestros campos no pudieron susten-

tar el consumo alimenticio, el producto de la minería boliviana tuvo que distraer hacia necesidades corrientes buena parte de sus ingresos anuales. Lo mismo puede aseverarse respecto a la industria. Disponemos de escasas divisas. Y ese problema, en lo que atañe a la industria, se convierte en obstáculo de apreciable magnitud, cuando para nutrir a la población urbana, debemos dedicar divisas que habrían de emplearse, mas provechosamente, en la compra de bienes de capital.

El Estado tiene enormes responsabilidades en la orientación de los programas agrarios. Una agricultura atrasada no puede desarrollarse sino bajo los auspicios del Estado. El problema tiene tan variadas facetas que sólo las entidades públicas han de abordarlo con posibilidades de éxito. Hay un aspecto cultural que se resume en la educación del campesino para que comprenda, asimile y maneje las nuevas técnicas productivas. Se trata, de enseñarle las ventajas que reviste el uso de arados más modernos y los progresos que comporta la aplicación de ingeniosos procedimientos al arte ancestral de cultivar la tierra. Además, es ineludible el problema de mejorar el instrumental, introduciendo el tractor en aquellos sitios de agricultura ya más evolucionada, y donde la auténtica cooperativa armonice las fuerzas productivas en una escala adecuada. Si el Estado no adquiere una conciencia proclive al aumento de la producción, si los dirigentes no se trazan, con el fervor de quienes aspiran a crear un mundo nuevo, la meta del desarrollo agrícola como suprema aspiración, nuestra economía no prosperará. La diversificación económica de Bolivia tiene como objetivos principales los siguientes: sustituir importaciones agrícolas, incorporar nuevas áreas a nuestra geografía útil, expandir la producción de nuestras materias extractivas (minerales y petróleo), ensanchar nuestra producción industrial con nuevos renglones y dotar al país de la energía necesaria para cumplir estos objetivos. El dispositivo esencial de ese proceso que se cumplió a través de los

organismos del Estado, fué esencialmente el tipo de cambio sobrevaluado de la moneda nacional. Con un dólar barato, los programas de desarrollo podían financiarse realizando escasos esfuerzos. El auge de la inflación que ello ocasionaba, quedaría anulado cuando las nuevas inversiones produjeran sus frutos. Pero afloraron algunos tropiezos, de orden natural la mayoría, aunque otros tuvieron un sello distinto. Las obras emprendidas exigían enormes inversiones previas, —carreteras, desbosques, penetración, etc.— que retardaban las fases productivas. Entretanto los costos internos, elevados por la inflación, encarecían los trabajos. Se hizo necesario apelar a la financiación inflacionaria por el Banco Central. Y ello aportó ímpetus adicionales al ciclo de la inflación. Por necesidades de integración política las primeras jornadas de la diversificación, tuvieron que cumplirse en zonas demasiado alejadas de las regiones donde se concentran la población, y los recursos fundamentales del país. El costo unitario de las inversiones crecía al conjuro de esa circunstancia, haciendo que el rendimiento futuro fuese relativamente bajo, en proporción con los recursos asignados. El sistema financiero basado en el dólar barato, lograba insensiblemente minar todo el andamiaje de la diversificación. Miles de personas abandonaban las tareas productivas en la agricultura para dedicarse a comerciar con artículos importados. Las diferencias de precios entre el mercado que controlaban las autoridades y el que operaba protegido por los arbitrios de la especulación, dió lugar a utilidades tan seguras y fáciles, que esas personas dejaban el surco para engrosar la fila de los contrabandistas. El consumo resultó así artificialmente ensanchado. Cada empuje del proceso inflacionario, que alejaba los precios oficiales de los que imperaban en el mercado libre, traducía una elevación de nuestras importaciones de víveres y abría al contrabando mayores perspectivas. La producción agrícola declinó, la minería golpeada por el sistema, apenas sobrellevaba sus cargas y la ganadería participó intensamente en el tráfico ilícito. La

diversificación emprendida recibió el aporte valioso y efectivo de la Ayuda Norteamericana, principalmente en cuanto a bienes de capital y asistencia técnica se refiere, en cambio la ayuda en alimentos fué malograda en gran parte por la política del dólar barato, resintiéndose de este hecho los planes de desarrollo. Los créditos europeos no lograron tampoco contrarrestar el desequilibrio y constituyen ahora factor negativo en la balanza de pagos. Sin embargo, cabe hacer expresa mención de las metas cumplidas en el desarrollo de la industria petrolera que habiendo logrado el autoabastecimiento del país abre promisoras perspectivas para el futuro boliviano, permitiendo mediante el código promulgado la efectiva inversión de grandes capitales. Es indiscutible también, que la diversificación económica presenta ahora al país con una mejor integración geográfica por las carreteras construidas, y las nuevas zonas incorporadas a la economía.

Y ahora estamos abordando una etapa más en el curso de nuestra evolución nacional. Nuestro ingreso por habitante ha decrecido. La producción ha descendido en su conjunto. Durante la inflación, las inversiones netas fueron las más bajas en toda la América Latina. El ahorro, desapareció por el temor que sintieron las gentes de perder sus recursos. El salario real de los trabajadores, descendió, por la inflación. Y nuestro programa de diversificación debe soportar los rigores de la pausa. Cuando se vive por encima de los ingresos, es necesario detener las inversiones públicas para adecuar la vida del país a sus posibilidades efectivas. La descapitalización, se presenta con características angustiosas, especialmente en la minería y la industria. Pero seguimos siendo un pueblo de tenaz voluntad que desea crecer y superarse. El anhelo del progreso golpea todas las conciencias y la persistencia de este propósito nos conducirá hacia las metas avisoradas.

La Estabilización Monetaria significó una reacción de características radicales contra los males y peligros que

apareja la corriente acelerada de la inflación. Fue ciertamente un esfuerzo heroico dirigido a superar una realidad de deterioro y buscar el cauce para un desarrollo equilibrado de la economía y la conducta humana. Tuvo que hacerse una embestida frontal y liberatoria.

Las primeras medidas estabilizadoras han encarado la supresión del déficit presupuestario, enfermedad crónica de nuestra economía, la libre convertibilidad del boliviano, restableciendo la libertad de comercio y el equilibrio de la balanza de pagos, pagando el tributo de una detención momentánea del plan de diversificación y el congelamiento de sueldos y salarios.

Como muy bien expresó el Dr. Prebisch, en su brillante exposición, la inflación es fundamentalmente perjudicial para el ciudadano de renta fija, la estabilización monetaria da la seguridad al salario y al condicionar su elevación a la producción, asegura uno de los pilares del desarrollo económico.

Es prematuro intentar un balance global de la estabilización, pero ya pueden anunciarse algunos resultados. Ha desaparecido el contrabando en gran escala que succionaba nuestras disponibilidades. La moralidad social ha ganado una de sus batallas más resonantes. El trabajo es el único título de enriquecimiento. La actividad agrícola vuelve a ser lucrativa y el trabajador campesino retorna al campo. Un solo nivel de precios otorga a cada mercancía su valor real. El tipo de cambio responde a la posición internacional del país. Pero no sería honesto señalar esos aciertos sin agregarle en estricta cuenta, los tropiezos que vamos confrontando. Hay en la Estabilización Boliviana, enseñanzas que se vinculan con el drama del desarrollo económico en los países Latinoamericanos.

Bolivia en cierto momento no tuvo otro recurso para acelerar el desarrollo económico, que apelar a la inflación.

No importaba que creciera la circulación monetaria y el nivel de precios se estrangulara diariamente, porque una promesa de producción inédita se alzaba en las perspectivas del futuro. Pero las paradojas, o el rigor lógico de los procesos económicos, fué desvaneciendo las esperanzas. La inflación nos arrebató con mano impalpable, los premios a que aspirábamos. Se produjo la baja de la inversión neta. Las ventajas conseguidas en la diversificación, se perdieron porque el sistema financiero desalentaba las iniciativas fecundas.

Desparecido el mercado artificial de compra, disminuido el poder adquisitivo de la población, la industria soporta una contracción que exige una nueva reestructuración de ella y redistribución de la mano de obra hacia nuevos horizontes de producción: descapitalizada la minería y habiéndose elevado sus costos de producción, requiere alicientes efectivos, el transporte general de elevado costo, debe mejorarse y darle los incentivos necesarios para una sensible reducción del mismo que agilice el intercambio interno y externo.

El nivel de precios, a diferencia de otros países que han ensayado la Estabilización, viene traduciendo inclinaciones hacia la baja. Pero ese proceso ha sido demasiado lento. En términos más técnicos diríamos que los precios no han podido estimular la demanda efectiva. Existen dificultades enormes para reducir adecuadamente en Bolivia el nivel de los precios y darle al mercado el estímulo implícito en esa circunstancia. En primer lugar el tipo de cambio para un país que importa el 25 % de la masa de bienes y servicios disponibles, tiene una significación decisiva. Y el tipo de cambio en Bolivia no puede descender satisfactoriamente por existir una minería que debe capitalizarse y que requiere posibilidades de producción más efectivas. La industria no puede tampoco bajar sus costos, en virtud de ser inelástica su estructura. La reducción de los precios de alimentos, tendrá que lograrse,

consultando ciertos mecanismos internacionales que están en manos de los países con los cuales hemos suscrito programas de desarrollo, y esperando un aumento de las cosechas agrícolas. En la presente etapa boliviana, porque urge restablecer la capacidad de compra de los salarios, una política que contribuya a la baja de los precios resulta inaplazable.

Detenida la inflación, la Estabilización ha dejado un vacío que debe llenarse. La inversión es la única garantía que se perfila en el futuro inmediato. Ella tonificará rápidamente la capacidad de compra de las grandes masas bolivianas. Y al mismo tiempo promoverá esa tendencia a la racionalización de los costos, que importa la más inaplazable de nuestras necesidades. Una política de elevadas inversiones, en obras de desarrollo, ensanchará los volúmenes del empleo ahora estancadas, y colocará a la Estabilización sobre unas bases de perdurable solidez. Como en todos los programas de desarrollo, las inversiones sea en su esfera pública o privada, tendrán que jugar en Bolivia un papel preponderante. En cuanto a la inversión pública en las condiciones actuales de nuestra economía, no es posible efectuarla sin comprometer el equilibrio presupuestario, esencial para la estabilización monetaria y por consiguiente sólo pueden provenir de las instituciones Internacionales de Fomento y de los organismos instituidos por el gobierno norteamericano para administrar la ayuda exterior.

Para la inversión privada, Bolivia presenta los recursos más halagadores, y el Estado está creando progresivamente las medidas adecuadas que introduzcan los incentivos necesarios para ella.

Es oportuno referirse aquí a la cooperación económica norteamericana, que nos está permitiendo sortear dificultades apremiantes. Los servicios interamericanos de cooperación prestan un concurso positivo al desenvolvimiento económico y cultural del país.

Las Naciones Unidas proporcionan a Bolivia una asistencia técnica, que contribuye a la solución de nuestros problemas actuales y permiten formar los equipos de expertos que garantizan el futuro crecimiento de nuestra economía.

La ayuda ordinaria que actualmente se nos proporciona, podría disminuir si los mercados internacionales ensanchan las compras de nuestros minerales y mantienen un nivel de precios compatibles con el ingreso que debemos obtener, para que nuestros mecanismos económicos funcionen sin tropiezos. La ciencia económica —y en especial— los estudios de la CEPAL que tanto han contribuido a perfeccionarla en el área de los países Latinoamericanos— han demostrado los efectos saludables que tiene un comercio intenso entre las áreas industriales del mundo y las que, como Bolivia y otros países de la América Latina, forman ese núcleo llamado la periferia. Cuando una nación desarrollada aumenta sus compras en el exterior y paga precios satisfactorios, inmediatamente retorna el dinero a ella para adquirir en sus mercados los utensilios y artículos que reclama el progreso.

El problema básico de Bolivia, como país ligado intensamente al comercio exterior, radica en un intercambio regular y progresivo con los países industriales. La oscilación violenta en los precios y la crónica inestabilidad de la demanda de nuestras exportaciones, es más dañina para nosotros que las contingencias domésticas que afrontamos. Es cierto, como lo afirma la CEPAL en su estudio sobre Bolivia, que las inversiones debían paralizarse mientras trillase sus primeras etapas el experimento estabilizador. Pero esa medida prudencial no ha de prolongarse por más tiempo del que señale el tino en la conducción de los negocios públicos.

Las instituciones internacionales que dispensan el crédito, tienen en Bolivia un país que presenta magníficas perspectivas para el desarrollo. En muchos aspectos, so-

mos todavía un terreno virgen donde la abundancia de los beneficios es mayor que en las latitudes más labradas por la mano del hombre. Un programa de desarrollo a corto plazo, financiado con los recursos de las instituciones internacionales, contemplaría la construcción de servicios indispensables para el progreso económico. La electrificación del país es el requisito irrenunciable de nuestro progreso industrial. Si hubiese electricidad suficiente quedaríamos capacitados para industrializar muchas de nuestras materias primas, y para intensificar el proceso de creación de manufacturas que sustituyen importaciones gravosas. La inversión para una mayor recuperación en nuestros procedimientos de beneficio de minerales y, el mejoramiento de nuestros transportes, son pasos iniciales del venturoso y seguro camino de nuestro desarrollo.

El desplazamiento de la mano de obra, hacia áreas cercanas a los mercados de consumo, es una empresa que encierra la urgencia de las cosas inaplazables. La productividad en ciertas ramas de nuestra economía es baja, no tanto por el atraso del país, como por el recargo de mano de obra que ella soporta. Aplicarle al problema conceptos simplistas sería agravar los males que ya aflige a Bolivia. El descongestionamiento de la industria y de la minería —sectores donde se presenta el excedente de mano de obra— exige la apertura de frentes de trabajo donde múltiples productos de consumo interno o de exportación tienen medio propicio y gozan de sistemas de comunicación hasta los centros compradores. Esa tarea, así planteada, demanda capitales relativamente modestos y promete rendimientos elevados. Se cumpliría allí una de las consignas básicas de nuestro desarrollo, que ha de propender a incorporar riquezas que rindan pronto beneficios, y requieran escasas cifras de capital.

Ninguna colectividad batalla estérilmente. El sacrificio es siempre la antesala del porvenir. En el balance de nuestra trayectoria nacional, hay, es cierto, crudezas y

petición de viejos tropiezos, ese estudio constituye un aporte excepcionalmente valioso y quiero dejar aquí, una vez más, constancia expresa de nuestro reconocimiento. Esperamos que los Organismos Internacionales, que han sido tan generosos, prosigan en el futuro, ayudándonos a resolver las cuestiones que el progreso, cuando se desata, plantea a los pueblos que dejan la inercia. Permitidme, señores Delegados, que manifieste el agradecimiento del país por los conceptos sobremanera elogiosos que en esta Asamblea han expresado el Dr. Raúl Prebisch y el señor Jorge Del Canto sobre la política de estabilización que adelanta el Gobierno boliviano.

El rostro de Bolivia está cambiando. Cuando en los años que vienen, nuevas Conferencias Internacionales reúnan a los pueblos de América, tendremos goces y éxitos que reseñar.





Impreso en la Editorial
del Estado, dependiente
de la Dirección de In-
formaciones de la Presi-
dencia de la República.